

Psicoanálisis y prisión.

Francesca Biagi-Chai*

Videoconferencia transmitida en la NEL CdMx en el marco de Enlace Acción Lacaniana, el 7 de diciembre de 2019**

“Psicoanálisis y prisión”, dos significantes que a simple vista parecen incompatibles, ciertamente más que “psicoanálisis y hospital psiquiátrico” que son por naturaleza coexistentes. Sin embargo, parece muy claro hoy en día, en el ambiente que caracteriza a nuestras sociedades “globalizadas”, que para los pacientes criminales y delincuentes ya no estamos en la alternativa clásica prisión u hospital, regulada por la clínica y el estudio de las motivaciones del crimen. Las fronteras se desvanecen. Francia tiene la tasa más alta en Europa de sujetos psicóticos en prisión. En su continente, como parece con la lectura del texto “Contribuciones a la criminología” de Viviana Berger, las instituciones carcelarias hacen un llamado al psicoanálisis ya que se encuentran desbordadas por los síntomas y los delirios.

Abordaremos entonces, la criminología a partir de la relación del sujeto con su acto, es decir, según su lógica personal, y en relación al encierro de largo plazo y lo que esto puede inducir en los sujetos detenidos. No olvidaremos a los que están afuera, ya sea cercanos, amigos, familiares, y también lo que constituía el ambiente del criminal en el tiempo que precedió a la encarcelación. Finalmente, nos dirigiremos también a cada uno, en tanto que locura, crimen y encierro conciernen a la política de un Estado, de un país, en lo que se llama el mantenimiento del orden, y en el campo social, en tanto que da forma a la opinión pública y no está exenta de impacto en la política. No descuidaremos la diferencia entre los muros de la prisión y los del hospital, pero esto no nos impedirá cuestionar lo que los supera: el lazo del sujeto a su real. Esto se sitúa en el registro de la causalidad, es decir, de las cosas tal como

* Analista Miembro de la Escuela (AME) *École de la Cause Freudienne* y Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP).

** Traducción de Cynthia Estrada. Asociada a la NEL Ciudad de México.

ellas se fundan; lo demás está relacionado con los arreglos de la sociedad con el detenido.

Entre los dos, hay un hiato: ¿qué es lo que el sujeto entiende? ¿Qué es lo que integra a su subjetividad en el sentido matemático del término? ¿Qué es lo que él consiente? ¿Qué es lo que él rechaza al mismo tiempo que se adhiere a la coerción de hecho? Es una pregunta fundamental que hay que poner en evidencia, ya que con ello se distingue el asentimiento formal del asentimiento subjetivo, real. El primero llevará siempre a una reiteración de incompreensión, de un deliro subyacente, todo lo que estaba ya antes y que pudo quedar intocable; el segundo, por el contrario, es el primer paso hacia el lazo social. El psicoanálisis está entonces eminentemente indicado en prisión en tanto que hace un ofrecimiento que se dirige al sujeto en ruptura, cualquiera que sea su estructura.

Es por eso que el diálogo analítico es el punto de orientación, la condición previa para cualquier acto o acción individual o colectiva dirigida a la emergencia del sujeto, con la perspectiva de que él mismo pueda apropiarse de la lógica de su vida, en otras palabras, un saber sobre su real. Recordemos simplemente que el analista hizo una oferta, y debo decir después de muchos años de práctica en institución, que esta oferta siempre ha sido aprovechada. Depende de la concepción que el analista tiene de lo real, concepción que le permite plantear "las buenas preguntas", esas que no serán persecutorias, ni intrusivas, ni basadas en un pretendido sentido común sino próximas al significante del sujeto, con las que se podrá destacar el significante de la transferencia. Este significante y su significación únicamente pertenecen al sujeto, y solo se pueden extraer del fondo de su lengua singular si se va hacia él. De hecho, el pasaje al acto corresponde a un borramiento del discurso, y la palabra es en sí misma ya, una sublimación.

Aquí es donde la oferta se hace encuentro y el encuentro marca, al igual que el surgimiento del real del delirio y/o del crimen, digámoslo, uno antes que el otro. La palabra, no la buena palabra, sino la palabra justa, esa que tiende al bien decir, es en efecto susceptible de producir en el sujeto un *acontecimiento de transferencia* que adhiere, que sostiene, que sorprende, que atrapa al sujeto. Un lazo se establece bajo el fondo de la discontinuidad, de ruptura del sujeto consigo mismo y con el Otro, un lazo de confianza que, por el efecto producido en el sujeto, no podrá agotarse. Un lazo que es, propiamente hablando, la transferencia. No está ligado a la

persona del analista sino al discurso que porta. De lo que se trata, la verdadera interrogación que destaca el seguimiento en prisión y la dimensión analítica que se espera es: frente al muro, el discurso y su subversión. Es decir, el cambio de escenario, el pasaje a otra dimensión. Esto vale para los muros de piedra de la prisión y también para el "muro de lo comunicable" del sujeto psicótico, que el encierro no hace sino redoblar.

En este sentido, conocemos la gran cantidad de tentativas de suicidio en prisión. La enseñanza de Lacan permite darnos una luz al respecto, particularmente en los casos de psicosis. Las operaciones llamadas por Lacan de alienación y de separación son las que consagran la entrada en el lenguaje a todo hombre. El sujeto se alinea al discurso del Otro, del que toma prestado los significantes, definiendo un ¿Quién soy? y se ligan a lo que supone que el Otro le quiere a través de su silencio (el deseo del Otro) ¿Quién soy yo como objeto? Como objeto metafórico, claro está. ¿Qué quiere de mí? Esta operación, es la que el sujeto psicótico no puede metaforizar, lo que le da a su lazo una forma particularmente concreta, cínica, él es el objeto real. Es el caso en la persecución, en la erotomanía, en donde el Otro quiere gozar de él, con la muerte o con el amor, sin distancia. En la esquizofrenia en donde todo significativo es real, es la presencia del Otro lo que vale como soporte, como sostén imaginario. Los pasajes al acto están para articularse a esta relación de separación. Como quiera que sea, cuando el Otro se aleja, o aleja al sujeto de los muros, cae y solo puede unirse a ese objeto de deshecho en un pasaje al acto suicida. Esto puede esclarecer la función misma que podría tener el analista en la prisión, la de mantener un lazo, dándole consistencia con el Otro, y también con el otro que era hasta entonces, la atmósfera en la que el paciente vivía, el otro que quedó en el exterior. Esto lo subrayé a propósito de Landrú, quien tuvo una tentativa de suicidio por ahorcamiento la primera vez que entró a la prisión cuando aún no había matado a nadie.

El peritaje, primer tiempo del lazo

Crímen / Justicia / Prisión

Hemos evocado el discurso, el del analista, para esclarecer la justicia que se encuentra del lado del discurso del Amo y sus modalidades, bajo las cuales una sociedad dada trata el crimen y la locura. Desde este punto de vista, el psicoanálisis no confunde lo que puede ser un

juicio, una sentencia, con el impacto que tendrá sobre el criminal. ¿Se puede interpretar en términos de castigo? ¿Se suscribe a este valor redentor, a esta modalidad de reintegración en el lazo social? La experiencia demuestra que no siempre es así y digámoslo, cada vez menos. Para el asombro del tribunal frente a este o aquel criminal que recibe el veredicto de encierro sin pestañear, sin afecto, con la indiferencia más grande, como si no estuviera preocupado, responde a menudo a la perplejidad en la que se encuentra el sujeto frente al acto que ha cometido, y *a fortiori* entonces, a la pena que enfrenta. Es que para él, el verdadero franqueamiento ha sido la entrada al acto, en la zona de lo atemporal del acto en el sentido en donde la palabra no se desarrolla más, sin importar el paso del tiempo real. Pertenece a la certeza como necesidad, como el nombre de la restricción. Estaba ya ahí antes de haber actuado, antes del momento de quiebre, se articula con una juntura última, el *click*, como Lacan lo demostró en relación de las hermanas Papin, como lo subrayé respecto a Pierre Rivière. Toda vez que el acto en la doctrina lacaniana es ante todo un franqueamiento, un pasaje al límite. Es por lo cual el paradigma del pasaje al acto suicida, y que tal como lo recuerda Jacques-Alain Miller, todo pasaje al acto es un suicido para el sujeto, una muerte subjetiva. En el pasaje al acto el sujeto pone fin a las ambigüedades, a los malentendidos de la palabra y el lenguaje, se sustrae de la dialéctica, evacúa el imaginario y hace surgir el real, en su rompimiento con la cadena significante trata de modificar de manera salvaje al goce. Como paranoico actúa por venganza, para denunciar, da la clave de su acto, como Pierre Rivière, del que sabemos quería salvar a su padre matando a su madre, a su hermana que lo aburría sin parar y a su hermanito, ya que no habría podido soportar que lo viera como un criminal. Todo está ahí y sin embargo, si no vemos hasta qué punto salvar al otro es tomado al pie de la letra, fuera del simbólico, no se puede hacer nada, no hay nada que entender. El esclarecimiento viene de la lectura de su historia, pero a la luz de los pedazos de real que lo marcaron y que son todos ellos elementos del *crimen anunciado*. Dicho de otra manera, no se puede atrapar la motivación del crimen sino a través de su lógica propia, a condición de que se reescriba en la lógica del sujeto, la lógica de su vida. Esto lo permite el diálogo analítico, ya que el acto, por más atroz que haya sido, no es nunca ni desbordamiento instintivo, ni violencia ciega.

El significante "violencia" —que a menudo se usa— no es un significante del psicoanálisis, pertenece más bien al vocabulario

de la sociología, es más descriptivo que conceptual. El acto no es desbordamiento, incluso muchas veces es al revés: una recuperación del *objeto a* en el otro, su extracción salvaje, es decir, fuera del simbólico, pero no fuera del significante. Aimée golpea en la artista a la mala mujer, es decir la parte mala de ella misma situada en el Otro, el *kakón* de su ser. No es porque haya sido atravesado que es mudo, que no toma sus coordenadas en el lenguaje y en particular en la estructura, y los modos de goce que resultan para un sujeto dado.

El pasaje al acto ha producido esta ruptura radical entre un antes y un después y el sujeto se encuentra modificado. Su entrada en prisión y el sentido del castigo que comúnmente conlleva, ¿son o no suficientes al arreglo con su real y su goce? La prisión no es sin efecto, pero produce frecuentemente efectos inesperados y paradójales.

Un sujeto estabilizado por los muros de la prisión y los rituales que organizan la vida en el interior, no da lugar a ningún desbordamiento imaginario, encontrará en la prisión una eficaz estabilización. A su salida, vemos aparecer la despersonalización, el rompimiento, el delirio que lo había conducido de hecho al pasaje al acto. En la prisión el paciente había podido encontrar un tratamiento momentáneo y artificial a la libertad moral que la locura le imponía.

Otro sujeto psicótico, no encontrando en donde alojarse -en el sentido más fuerte del término- ni en su familia que rechazaba su patología, ni en el hospital que no lo trata a largo plazo, ni en la sociedad de la cual se salía a través de la prisión, necesitaba comenzar todo desde cero. Ni bien salía de prisión, tenía entonces como solución de vida, de vida regulada, la de pasar al acto arrancando las bolsas de las viejitas. En prisión estaba privado de drogas duras y con un poco de hachís lograba pasarla sufrientemente bien. Tenía que padecer los asaltos sexuales de los co-detenidos, pero esto era mejor que la errancia desocializada de la que no podía extraerse. Lo logrará después de una entrevista y una hospitalización de largo plazo.

Otro sujeto paranoico encuentra su lugar en prisión al convertirse en amo, regulaba la vida de los co-detenidos, trató así con su rigor la carencia del simbólico. Todo el mundo afuera pensaba que el campo de lo social le abría las puertas, que había podido estructurarse, como se dice, pero esa estructuración no era aquí más que un semblante, un castillo de arena. Solo podía sostenerse

cuando estaba protegido por los muros de la prisión y explotó al salir; este sujeto no contaba con las suficientes armas del simbólico para inscribirse en el campo social, ahí en donde el deseo es lo que mantiene un lazo con la ley.

Son solo algunos ejemplos de los efectos deletéreos de la prisión, aunque reconozcamos su utilidad social. Los pacientes no pueden encontrar en la prisión cómo parar o tratar el delirio o la pulsión de muerte. Es raro que en el exterior los espere un punto dado que pueda ofrecerles una *reconexión* posible. Dicho de otra manera, la salida puede ser tan traumática como la entrada a prisión, si no es que más. Y los muros de la prisión, tanto como la vida en ella, no hacen en sí mismos un encuentro, en el sentido de *tychè*, en el sentido de ofrecer una reconexión o un efecto de mutación subjetiva. Es el lugar del analista y la oferta que le hace al sujeto más allá de los muros, lo único que puede apostar de manera esclarecedora por este efecto.

En los muros de la prisión

Los muros de la prisión no se comparan con los muros del hospital, lo que no significa que no se espere algo: alguna subversión se produce para quien entra. Y esto significa que de alguna manera se cree en el síntoma y el efecto que produce para el sujeto el encierro. Se supone que el alejamiento de la sociedad le permite al delincuente encontrarse cara a cara consigo mismo, una toma de conciencia, una falta asumida debería servirle de lección, disuadirlo por lo menos para recomenzar, producir una especie de apertura.

Lo hemos visto, los muros no son suficientes. Es el encuentro realizado con los que trabajan ahí lo que apunta a la resocialización. Para que se realice, conviene que quienes trabajan en prisión, enfermeros, médicos, guardianes, trabajadores sociales, tengan una idea de lo que es lo real más allá de la realidad. Que puedan saber cuánto interviene ese real sobre la realidad produce, al contrario de lo que se espera, efectos de aumento de síntomas y otros fenómenos. Por el contrario, está la cuestión de saber quién es el sujeto, quién era antes del acto y quién cree que es después del acto. La única vía de acceso al sujeto y a su estado de real es el diálogo analítico, un diálogo sobre el modelo de la presentación de enfermos, es decir un diálogo llevado a cabo por un analista en presencia de otros. En efecto, cada uno puede atrapar la enunciación, que no es otra que la incidencia del goce en el significante, que dice más entonces de

lo que ha sido dicho. Podemos escuchar el peso de un neologismo o de un neo semantema, la aparición o la construcción de una certeza delirante, la perplejidad del sujeto, su desencanto, su manera única de tomar las palabras al pie de la letra o una neo significación que no ha podido nunca compartir. Este diálogo analítico permite el cambio de plan, de lo formal, de la narración, de lo descriptivo, de lo circunstancial, a lo real de la estructura del goce, y para decirlo de una vez, del inconsciente ya que con Lacan no solo es un privilegio de la neurosis, sino que se extiende al hablante, al *parlêtre*. Es por lo que podemos saludar la iniciativa de ese dispositivo de encuentro único con un analista en el centro de detención y de reinserción social para mujeres en Tepepan.

El encuentro: variedades e invenciones

Como lo hemos dicho, los muros no hacen el encuentro. Un ejemplo de encuentro lo tenemos en una obra de la literatura francesa mundialmente conocida, *Los miserables* de Víctor Hugo. Es el encuentro de Jean Valjean, convicto que escapó de las galeras, con Monseñor Miriel, obispo de la diócesis. El encuentro que hace Jean Valjean con Monseñor Miriel es conforme al espíritu profundamente cristiano del obispo. Le abrirá su casa, le dará de beber, comer y dormir. Monseñor Miriel es, dicho sea de paso, un hombre refinado, y esa noche no deja su costumbre de comer con cubiertos de plata y utilizar dos candelabros, como todo lo demás, de plata. La comida transcurre. La escena es relatada en la obra a través de la mirada de alguien más, la hermana de Monseñor Miriel. Ella se sorprende, en efecto, por el hecho de que su hermano no le hable a ese hombre ni de Dios, ni de Jesús. No le da ningún sermón ahí donde, según ella, la ocasión le permitía darle una lección o hacerle la moral. Es lo que se le viene a la mente con el deseo de convencer, de educar o de reeducar. Pero lo que va a producir un efecto, un efecto de encuentro es otra cosa, no es la *buena práctica*, es la práctica en acto, en acto paradójal, es decir subversivo.

“Sin dudas pensó — se dice la hermana de Monseñor Miriel— que este hombre llamado Jean Valjean tenía demasiada miseria en su mente, que era una persona como cualquier otra, siendo para él bastante ordinario”. Hay ahí ciertamente, como ella lo subraya, la delicadeza. Tomar la dimensión del otro para que pueda emerger como sujeto, he aquí la delicadeza del analista que da lugar a lo otro sin prejuicios. No hay en ese momento lugar para las palabras convencionales de confianza, que no harían sino producir un cierre

del sujeto sobre lo que él conoce ya muy bien. Esto no es sin evocar algunos sujetos delincuentes o pseudo-delincuentes en los que las palabras no tienen sentido. En la oferta que hace el analista, hay un lugar para considerar estos obstáculos del otro, esta saturación, y tomarlos como un equivalente del síntoma, y no automáticamente, como una mala voluntad.

¿Quién es Jean Valjean? ¿No es lo que algunos llaman psicópata? Es cierto que Jean Valjean es un ladrón de pan que quiere alimentar a su familia, su hermana, sus sobrinos. No es alguien que quiera gozar a todo precio. La imagen del ladrón de pan es la concesión hecha al romanticismo. Pero, en la escritura de Víctor Hugo, es ante todo quien rechaza la ley. Es quien no deja de intentar evadirse de prisión y que aumenta entonces sin parar la coerción y la pena. Es quien se endurece. "Jean Valjean había entrado a prisión sollozando y temblando, salió impasible. ¿Qué le pasó a esta alma?" Esta pregunta que se hace, más cercana a nosotros, la llamada violencia moderna y su relación con el sujeto ¿Cuándo comenzó? ¿Con qué signos y coordenadas identificar el comienzo de los trastornos, la entrada en el sufrimiento del sujeto? Son estas las preguntas que deben primar sobre el etiquetado apresurado e hiperactivo, del violento o del psicópata.

Es de noche, Jean Valjean se levanta y después de haber robado los cubiertos de plata, retoma su camino. Detenido, es llevado por los policías con Monseñor Miriel. Inmediatamente después de que el obispo los ve, antes de que alguien hablara, toma la palabra. Es lo que precisa Víctor Hugo. Muy bien visto de su parte, porque esto le permite al obispo no responder simplemente, es decir, mentir, no tener que someterse a la demanda del otro, interviene entonces: "Ah, aquí estas, me alegra verte, pero también te di los candelabros que son de plata como lo demás, con ellos puedes ganar doscientos francos. ¿Por qué no los habías tomado con los cubiertos?" Aquí la intervención hace pacto y no don de alguna cosa, sino don de la palabra, algo del orden del padre que dice sí. Un padre que se impone, un amo que, por ese sí, hace efracción en la impasividad, en lo que separa al sujeto con el Otro social. Un padre que ha utilizado la paradoja, que no toma al sujeto como equivalente de sus actos. Le da la plusvalía a ese goce —los candelabros— agrega suplemento de goce, ya que no habían sido robados. Los candelabros son el equivalente al *objeto* a lacaniano.

Monseñor Miriel apuesta al sujeto, en él más que en sí mismo: “Nunca olvides que me habías prometido utilizar ese dinero para convertirte en un hombre honesto”. Dándole acceso al *objeto a*, abre la vía al *I* del ideal. ¿Esto es suficiente para provocar la mutación subjetiva de Jean Valjean? Aún no. Falta su asentimiento, su aprobación que no podrá hacerse sino a través de la incorporación de la mirada. El pequeño Gervais juega con una moneda, cae y rueda a los pies de Jean Valjean. El pequeño Gervais la reclama, Jean Valjean no entiende y la aleja. Instantes después, encuentra la moneda, ve el ojo que lo mira. La mirada es incorporada, el otro le concierne. La mirada será lo que va a hacer significar los candelabros —vertiente significante del objeto, marca de uso de goce—. En este momento preciso, los candelabros devienen sin duda *objeto a*, es decir objeto-nada, don de la palabra, propiamente dicho in-vendibles, objeto mirada.

¿Cómo hacer que haya en la prisión una mirada que soporte un saber y no un panóptico que atrape lo que se mueve? Con Jean Valjean, paradigmático de la noción de resocialización por el encuentro, tenemos la visión romántica de una mutación subjetiva en el sentido de que se adhiere a la noción de culpa, como si ella estuviera presente y fuera válida para todos. El tratamiento de la delincuencia está completamente inscrito en el registro del sentido, el de la religión del Padre.

De la culpabilidad a la pulsión de muerte

O del superyó al goce. Freud ya había localizado este más allá del sentido formulado en el más allá del principio de placer como equivalente a la pulsión de muerte. Lacan amplió el campo introduciendo el concepto de goce, goce paradojal, el de la felicidad en el mal, el que resulta de una fijación que marca al sujeto y se impone como real, instante fuera de sentido y sin ley, pero de la que el sujeto padece las consecuencias, los efectos. Al respecto, solo puedo aconsejarles la lectura de un libro casi auto-bibliográfico de Claude Lucas, que se llama *Suerte, la suerte*, en el sentido del encuentro, *tyché*, y su subtítulo significativo, “*la exclusión voluntaria*”. Se trata de un criminal que después de haber matado a un hombre por defender a una prostituta, continúa su carrera de criminal entre ataques a mano armada y evasión y redobla sin parar sus años de encarcelación. Pero la cuestión está en otro lado. Se las arregla para ser excluido dentro de la prisión, una suerte de prisión en la prisión. Ahí está solo,

y puede estudiar filosofía, que descubre por un cura, me parece. En particular, Levinas y su teoría del gran Otro, no barrado como se debe. Este caso ilustra lo que está, no del lado de la psicopatología como diagnóstico ligado al comportamiento, ni de la perversión como goce o como voluntad de goce, sino como *père-versión*, como lo escribe Lacan. La versión del padre, la demanda en acto de ser nombrado en su lugar, de ser alojado en un discurso, en lo que opera del padre y sus efectos de lenguaje, de nominación que fija, que condensa el goce y entonces hace agujero, y localiza también lo que va a hacer suplemento, *objeto a*: la filosofía. De hecho, va a escribir un libro, milita por la cultura en prisión y, sobre todo, milita para que los detenidos tengan lugares de uso privado donde puedan recibir a sus esposas, sus novias o mantener con ellas un lazo amoroso y sexual, y poder compartir momentos con los hijos o con otros miembros de la familia en intimidad. Muestra con esto que no confunde el encuentro tal como puede verse en donde quiera, con la calidad del encuentro que puede favorecer la reinserción a la salida.

¿Qué más tenemos que hacer en este siglo XXI que verifica el ascenso al zenit del *objeto a*, de esos humanos en busca de un nombre, menos en búsqueda de identificación que de identidad? Esta época en donde el trauma se desanuda y el psicoanálisis con Lacan permite identificar como impacto de la lengua sobre el cuerpo, a partir de un real, el de la "forclusión generalizada" en la que el padre, el falo, la castración no son actualmente más que una modalidad minoritaria. Es por esto que Lacan extendió el término de inconsciente al de *parlêtre*.

Hacer agujero

En los dos ejemplos que hemos visto, el encuentro hace agujero en la delincuencia o en la prisión. No es el *blablablá* sino la mirada del Otro que finalmente determina al sujeto, y es el agujero de la celda que el sujeto hace, él mismo, en la prisión, que le abre el pasaje hacia la lectura y el trabajo. Entonces, a partir de una entrevista inicial ¿cómo para cada sujeto crear ese agujero en la prisión?, ¿quién abrirá a la invención del sujeto?

Un primer agujero está hecho por la práctica en la prisión del diálogo sobre el modelo de la presentación de enfermos. En efecto, permite atrapar la lógica del sujeto, el hilo rojo de un Significante-Amo olvidado. Recuerdo a ese joven en prisión por una agresión sexual y violación. Poco tiempo después de enterarse que

iba a ser padre, el mundo se le viene abajo; como prueba de ello tenía que el sabor de las papas fritas había sido transformado, probablemente para envenenarlo. Un agujero en su cuerpo. Se había resentido cuando un grupo entero se había burlado de él. Niño en un barrio pobre, nacido en el continente africano, se había atrevido a decir que quería ser maestro de orquesta. Un maestro de orquesta pobre y negro no iba entre él y los otros. Hoy no tendría nada entonces, si no es más que cualquier trabajo para transmitir a su hijo. Se organizaron clases de música en la prisión. Retomó los encuentros con su esposa, quien consulta en un centro médico psicológico y él es atendido en prisión. Algunos años más tarde, la pareja se vivía como un *work in progress*: aprender a ser con el otro, a hacer con el otro. El ideal del padre no había caído como objeto de desecho, sino que venía a hacer borde. La música era de lo que se agarraba, participaba en la construcción de ese borde. Podía no ser completamente músico mientras estaba en análisis, significando que hacía suplencia. Vemos aquí varias cosas. El exterior vino al interior, no necesariamente con el mismo analista. Los equipos pudieron aceptar que no sintiera culpa con su acto, el cual queda excluido en relación a su personalidad, y que lo único que pudo decir es que la paternidad lo había fragilizado, que las novedades en general lo fragilizaban y que su análisis no está cerca de terminarse.

Asimismo, un saber sobre el sujeto puede permitir que no se produzcan pasajes al acto en prisión. Me comparten que una mujer infanticida, que estudiaba en prisión y que a pesar de todo recuperó algo de su vida, de pronto había dejado de leer, y se hundió en una profunda depresión. El diagnóstico de esquizofrenia se había evocado desde la primera entrevista. Había que considerar la disociación del sujeto con él mismo. Propuse que se le preguntara o que se investigara qué había cambiado recientemente a su alrededor para ella: involuntariamente, descuidando quién era, la habían puesto como compañera de celda a una mujer embarazada. Conforme a la estructura del silencio que es en ella forclusivo, no pudo quejarse, lo soportaba como efecto, directamente en su cuerpo, lo imprimía en la atmósfera.

Estos dos ejemplos pueden servirnos de guía. Siempre hay y ha habido en prisión, el trabajo, el aprendizaje, la enseñanza, todo lo que constituye la cultura en el exterior. Pero una cultura sin libido no produce ningún efecto por ella misma. Con frecuencia los

equipos no entienden por qué esto no funciona. Quienes trabajan con ellos, los que los cuidan, se angustian y no saben qué hacer. La construcción del caso y las elaboraciones sucesivas, por ejemplo, las reuniones semanales, permiten encontrar una relación entre las actividades y el interés, el gusto. Un gusto orientado por la clínica. Sin ello, estamos del lado del tapón, fuera de transferencia; tomando en cuenta esto, estamos del lado de la transferencia, de lo que hace agujero, horizonte. Un horizonte que permite hacer existir la salida misma, aunque estemos aun en el interior. Así es el conjunto de cuidadores que se beneficiará de la transferencia. De esta manera la relación al saber, por más pequeño que sea, nos permite no hacer lo que el sujeto no puede soportar. El saber alivia a todas las personas que trabajan en prisión, alivia en dos niveles: a nivel de que ilumina su práctica y que satisface el interés que tienen en su trabajo y también, y es lo más importante, a nivel de los efectos constatados en los presos mismos y en la manera de tratar los conflictos intercurrentes.

Es en el nivel del agujero que se sitúa —propriadamente hablando— la invención; como lo he podido ver en algunos textos, la invención en la manera de traer lo interior adentro (fotos, debates, etc.) pero también de mantener al sujeto cerca de los suyos, es decir, un poco en el exterior. Habrá entonces modalidades de circulación de la palabra con las familias a inventar. La idea central es el modelo de continuidad de la banda de Moebius. Todo lo que es contingente puede venir a alojarse en cualquier lugar.